

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS Y FOLLETOS

ALVAR LOPEZ, MANUEL: *Toponimia del alto valle del río Aragón*. Zaragoza, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1949. Un vol. de 111 págs.

Conocíamos un breve anticipo—correspondiente a la parte primera—de este libro realmente magistral, incluido entre las «Monografías del Instituto de Estudios Pirenaicos», que se insertó antes en las *Actas de la primera reunión de toponimia pirenaica*, comentadas en el primer número de esta revista (págs. 88-89). Quien sepa por experiencia el riesgo que supone intentar un trabajo de toponimia en España—por insuficiencia, principalmente, de ediciones de textos medievales, de repertorios onomásticos, de índices de topónimos menores—, acogerá con duplicado fervor esta aportación, perfectamente orientada, de Manuel Alvar, catedrático de la Universidad de Granada.

En las cuatro partes de que consta el libro se estudian otros tantos aspectos del alto valle del río Aragón: los núcleos de población, la toponimia menor, la antroponimia, la lingüística. Los materiales, provistos de rigurosa documentación, fueron recogidos por el autor en dos épocas diferentes: en octubre de 1948 y en agosto de 1949.

Los núcleos de población que ocupan la estrecha garganta del alto valle del Aragón, comprenden, desde el Somport a Jaca, los cinco pueblecillos de Canfranc, Villanúa, Cenarbe, Aratorés y Castiello de Jaca. Resuelve ampliamente Alvar la común problemática de modernidad de estos topónimos, pertenecientes a un tipo latino de designaciones, menos antiguos, por tanto, que buena parte de los nombres de lugar pirenaicos. Trátase de una toponimia de carácter puramente descriptivo. Sólo la explicación de Cenarbe ofrece dificultades. No escasean, con todo, los elementos prerromanos en esta zona: Alvar juzga que sólo tardíamente vino a sobreponerse una gran masa de elementos latinos sobre la primitiva cultura de la región.

El estudio de la toponimia menor es el más extenso del volumen: para sistematizarlo, el autor lo divide en dos grupos, correspondientes a las particularidades físicas del terreno y a las manifestaciones vitales. De un modo exhaustivo, explica en el primero la orografía, la hidrografía, los llanos y depresiones, las cuevas, las tierras de cultivo, la naturaleza del terreno; en el segundo, los vegetales, los animales, el hombre. Idéntico sistema de parcelaciones se sigue en la exposición de la antroponimia: oficios, nombres propios, designaciones familiares, gentilicios, apodos.

El inventario lingüístico del valle estudiado es tan breve como denso de contenido. Conviene recordar, a este propósito, la anterior publicación similar del autor, *El habla del Campo de Jaca* (Salamanca, 1948), como, en el aspecto general, la *Contribución al vocabulario aragonés moderno*, de Antonio Badía Margarit (Zaragoza, 1948). Reproduce Alvar en esta última parte del libro, agrupados en esquemas, los fenómenos dispersos en el análisis toponímico. Un capítulo va dedicado a las vocales, consonantes, cambios fonéticos difusos, morfología, sintaxis y léxico; otro, a la sufijación, de tanta importancia en las hablas pirenaicas, íntimamente relacionado, por lo que concierne a la toponimia del alto valle del Aragón, con la otra vertiente pirenaica.

La interesantísima toponimia pirenaica necesita con urgencia de trabajos de esta índole: creo que la monografía de Manuel Alvar puede servir al investigador, en todo momento, de canon indiscutible. Un índice de palabras y sumarios en francés, inglés y alemán cierran el presente volumen, pulcramente impreso en los talleres del «Heraldo de Aragón».—*Miguel Dolç.*

LACARRA, JOSE MARIA: *El desarrollo urbano de las ciudades de Navarra y Aragón en la Edad Media*. Con planos y láminas. Zaragoza, 1950.

Entre las brillantes aportaciones de la representación española en el IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en París del 28 de agosto al 3 de septiembre, destaca la comunicación presentada por José María Lacarra, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza y director de la Escuela de Estudios Medievales de Aragón. Versa esta comunicación sobre el desarrollo urbano de las ciudades navarro-aragonesas en la Edad Media, tema interesante por más de un concepto.

Hace ya algún tiempo que el estudio del desarrollo urbano de las ciudades preocupa a los historiadores del otro lado del Pirineo, habiéndose publicado excelentes monografías, pero en España apenas si se ha iniciado el estudio metódico de tema tan atrayente. El profesor Lacarra, tomando como base las ciudades más importantes de Navarra y Aragón, ha trazado un estudio de conjunto sobre el desarrollo urbano de estos núcleos de población. La empresa aparecía llena de dificultades, ya que no existen monografías dedicadas a este tema, careciendo incluso de buenas historias de ciudades que recojan la documentación local adecuada y de planos antiguos que aclaren la situación del recinto urbano en otras épocas; pero todas las dificultades han sido vencidas, gracias a los extensos conocimientos del docto catedrático y a su constante manejo de los documentos medievales.

Lacarra se ha visto obligado a elaborar previamente varias monografías sobre las ciudades objeto de su estudio; algunas han visto ya la luz y otras se publicarán en breve. Estas monografías le han servido para trazar el actual estudio de conjunto, excelente síntesis, llena de aciertos y de atinadas consideraciones. No todas las ciudades estudiadas fueron fundadas en la misma época: unas son de abolengo ibérico (Calahorra, Huesca, etc.), otras nacieron durante la dominación romana (Zaragoza), y las restantes son medievales. Resulta interesante comparar las estructuras urbanas de ciudades con historia exclusivamente cristianas (Jaca, Pamplona, etc.) con aquellas otras que se formaron o desarrollaron bajo dominio musulmán.

El autor estudia el trazado de las calles, la situación del mercado, los recintos murados, el núcleo urbano y los numerosos problemas que surgieron a consecuencia de la Reconquista, valiéndose de una amplia documentación y de abundante bibliografía. Nos interesa, sobre todo, lo referente a Jaca y Huesca, que son las ciudades altoaragonesas que el autor estudia. La primera debe su crecimiento a la política iniciada por Sancho Ramírez con objeto de atraer pobladores extranjeros. Huesca es ciudad de origen ibérico, emplazado en fuerte posición defensiva, cuyo recinto amurallado sigue la forma ovalada del montículo sobre el que se asienta. El trazado actual de sus calles responde, tal vez, al de la época prerromana: una o dos calles en sentido longitudinal y varias transversales que facilitarían el acceso a las murallas. Lacarra señala la existencia de un primitivo muro de piedra, indudablemente ibérico, hasta ahora ignorado; este muro que se extendería, poco más o menos, a lo largo de las actuales calles de Pedro IV, Aínsa, San Salvador, Reconquista, Zalmedina y Desengaño. Todavía es visible en algunos sitios este antiquísimo muro, si bien los restos que hasta nosotros han llegado pertenecen a una época mucho más avanzada. El segundo cerco de piedra, la

conocida muralla pétreá, cuyo lienzo Norte subsiste todavía, es también de época primitiva. La existencia de estos dos muros de piedra está atestiguada por una cita del historiador Al-Himyari. Los musulmanes, al conquistar la ciudad, ocuparon la parte más alta de la misma, el primitivo núcleo ibérico, y entre los dos muros viviría, tal vez, la población mozárabe. Este recinto urbano resultó insuficiente y comenzó a poblarse un espacio sito extramuros que se cerró con un tercer muro, el muro de tierra, todavía existente en el siglo xvi.

El trabajo de José María Lacarra, escrito con método y rigor científico, viene a abrir nuevos horizontes a la investigación histórica aragonesa, resultando de subido interés para el estudio de las ciudades altoaragonesas medievales. El autor se propone publicar en breve trabajos monográficos sobre el desarrollo urbano de Jaca y Huesca.—*Federico Balaguer.*

GARCÍA Y BELLIDO, ANTONIO: *Esculturas romanas de España y Portugal*. Madrid, C. S. de I. C., Instituto «Diego Velázquez», 1949. Un vol. de 493 págs. de texto, y otro de 352 láminas, en 4.º

El docto catedrático de Arqueología clásica de la Universidad de Madrid y miembro de número de la Real Academia de la Historia, D. Antonio García y Bellido, es autoridad en aquella disciplina desde hace años. Sus estudios densos sobre la España griega y la arquitectura entre los iberos; la traducción y comentario de las descripciones de España por Estrabón, Mela y Plinio; sobre fenicios y cartagineses en Occidente; el busto de la «Dama de Elche» y otras piezas devueltas por Francia a España en 1941, y las guerrillas españolas en las luchas con Roma, lo acreditan cumplidamente. Era de esperar, por tanto, que su trabajo acerca de las esculturas romanas de *Hispania*, resultase—como así es—el estudio más completo y metódico de los dedicados a esta materia (Gómez-Moreno, Pijoán, Albertini, Mélida, Lantier y Poulsen). El texto de García Bellido abarca el conjunto de la escultura romana peninsular, lo que no se había realizado.

Sin embargo, el autor no ha pretendido presentar un *corpus*, sino una colección de quinientas piezas selectas, algo así como una antología, aunque no haya sido éste el móvil real del libro. Cuanto a los sarcófagos con relieves, ha recogido todos los hasta ahora conocidos.

Queda perfectamente destacada la escultura de estirpe clásica, romana o metropolitana, y deja a un lado, por lo general, los ejemplares modestos, de imitación provincial o de arte mixto indígena-romano. Así lo advierte el autor. Pero exceptúa de este criterio las estelas ornamentales del Centro y NO. peninsular, porque constituyen una particularidad escultórica provincial desconocida en el extranjero y mal estudiada en España. Cada objeto, además de la cédula, es motivo de estudio, clasificándolo, seriándolo y fechándolo, proporcionando así un instrumento de compulsión y orientación, que facilita la clasificación de piezas similares. Da además la bibliografía correspondiente.

La gran mayoría de nuestro patrimonio escultórico romano se debe a hallazgos fortuitos; y es inmensa la riqueza arqueológica que aun esconde el suelo español, que iría saliendo a la luz sin mermas ni destrozos graves si se emprendiesen múltiples excavaciones sistemáticas, ordenadas y discretas, previos planos trazados ante los vestigios visibles.

El autor trata primero de los retratos, y después de las deidades, estatuas varias, sarcófagos y otros monumentos funerarios; de las estelas del Centro y NO., relieves de asunto vario, bronce y relieves argénteos. Termina el volumen con tres índices analíticos. Las láminas, en papel couché, son magníficas.

Como ejemplares aragoneses registra un *Attis* funerario de la *Villa Fortunatus*, en Fraga; el grupo escultórico que adornó un patio o peristilo de Zaragoza, dadas sus pequeñas dimensiones, hoy en la colección Ena, de aquella ciudad: obra muy bella, de tradición helenística, que representa a dos jóvenes hetairas haciendo música. El sarcófago, con imagen *clipeata*, donde siglos después fué sepultado el rey Ramiro II el Monje, en la capilla de San Bartolomé del claustro de la iglesia de San Pedro el Viejo, de Huesca. Cree probable que esta importante obra sea de los comienzos del siglo iv. Yo la creo algo anterior. Registra asimismo dos aras votivas de piedra arenisca, que sospecha *taurobólicas*, halladas en el término municipal de Sos del Rey Católico (una en Sofuentes), de fecha difícil de precisar. Y, por fin, la pieza en bronce del atalaje de un carro, procedente de Zaragoza, hoy en el Museo del Louvre.

Anotemos, porque es hecho poco frecuente, que el autor menciona con gratitud a cuantos le hemos suministrado datos o noticias para la obra, y a ellos dedica ésta. El rasgo realza la gran probidad científica del Sr. García Bellido.—*Ricardo del Arco*.

GÓMEZ-MORENO, MANUEL: *Misceláneas. Historia, Arte, Arqueología. Primera serie: La antigüedad*. Madrid, C. S. de I. C., Instituto «Diego Velázquez», 1949.—Un vol. de 423 págs. en fol., con grabados y láminas intercaladas.

En este volumen se recogen trabajos dispersos en revistas, revisados y puestos al día por su autor, el ilustre Gómez-Moreno, modificándolos o ampliándolos, con lo cual la obra adquiere considerable utilidad. Este primer tomo de *Misceláneas* encierra ensayos sobre temas de prehistoria española, numismática, lenguas hispánicas y epigrafía, escritura, lenguaje, cerámica, etc., ibéricos, capítulos los más interesantes de la serie; monumentos megalíticos de la provincia de Granada; las antigüedades cristianas de Martos, y el extraño monumento de Santa Eulalia de Bóveda, de arquitectura romana exótica, con sus relieves y pinturas.

El preámbulo historial sobre el sentido artístico y su expresión en cada época, y acerca del proceso histórico del dibujo, ofrece puntos de vista muy atrayentes.

Ocioso es decir que la mano de D. Manuel Gómez-Moreno, maestra siempre aunque muchas de sus opiniones sean discutibles y discutidas, está siempre visible en estas monografías; al agrupar las cuales el Consejo Superior de Investigaciones Científicas—que tan grandiosa labor de alta cultura viene realizando—, presta un excelente servicio a los especialistas.

Se echan de menos índices analíticos que faciliten el manejo de la obra. Acaso irán al final del tercero y último volumen.—*R. del Arco*.

SÁNCHEZ ALBORNOZ, CLAUDIO: *La España musulmana según los autores islamitas y cristianos medievales*. Dos tomos de 427 y 525 págs., respectivamente. Buenos Aires, s. f. [1950].

El intento de Claudio Sánchez Albornoz al dar a la estampa su obra, ha sido brindar al público de habla castellana, si no la obra integral de moderna factura, que sólo los arabistas españoles e hispanizantes podrían preparar en largos años de labor, otra, de naturaleza diferente, pero capaz de ofrecer una visión panorámica del Islam hispano, tal como nos es hoy conocido; una exposición pormenorizada de la historia de Al-Andalus, que permita conocer el panorama actual del pretérito Islam español, dejando hablar a los cronistas, historiadores, compiladores, príncipes, gobernantes, alfaquíes,

poetas, filósofos, músicos, juristas y hombres de ciencia musulmanes y cristianos, que en el curso de los siglos medievales han expuesto en sus obras las ideas, las instituciones, las costumbres, la vida toda de los islamitas españoles.

¿Ha acertado el autor a conseguirlo? En algunos puntos, sí; en otros, no, por falta de textos más característicos que los aportados. Aparte la falta de noticias sobre diversos temas, muchos textos hay que acogerlos con reservas por su falta de imparcialidad y su discutible veracidad. A cada texto, árabe o cristiano, aportado, siguiendo, como es lógico, el orden cronológico de los acontecimientos, precede una leve introducción del autor, un preámbulo corto.

La introducción tiende a demostrar que Al-Andalus no fué una fuerza tangencial en la Edad Media. Las dos Españas, cristiana y musulmana, vivieron, sí, al margen de la Europa que nacía, pero desde él influyeron decisivamente en ella de tal modo, que podría calificarse a la Península de clave del mundo medieval. España cumplió durante este período una doble misión; fué a la par rodela y maestra de Europa. A través de la España musulmana pasaron a Europa muchas cosas: las matemáticas, la astronomía, el apólogo oriental, el arte de fabricar el papel, etc., y la acción de la cultura hispano-musulmana ascendió hasta las altas cumbres del pensamiento y de la filosofía.—
R. del Arco.

SANCHIS GUARNER, MANUEL: *Introducción a la historia lingüística de Valencia*. Prólogo de Ramón Menéndez Pidal. Diputación de Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo [1949].

El presente estudio, modestamente publicado como «introducción», es el contenido científicamente organizado de un ciclo de conferencias que desarrolló el autor, un año atrás, en el Palacio de la Generalidad de Valencia, con las cuales la Institución Alfonso el Magnánimo inauguraba una fértil sección de Literatura y Estudios Filológicos. De la empresa cabe esperar los más alentadores resultados, ya que—como subraya con su autoridad el presidente de la Real Academia Española—«no hay porción de España que, bajo el aspecto cultural, iguale a Valencia en ofrecer un interés tan vario, tan alto y tan sostenido en todas las épocas de una larga historia a través de los milenios».

En la actualidad no podría encontrarse, por otro lado, un filólogo tan capacitado como Sanchis Guarnier para recoger en toda su amplitud e intensidad este aspecto cultural. La escuela de Menéndez Pidal puede presentar al filólogo valenciano como uno de sus representantes más sólidos; su colaboración ha sido sin duda decisiva para que Francisco de B. Moll pudiera reanudar en estos mismos días la magna tarea de la publicación del *Diccionari català-valencià-balear*.

La exposición del Sr. Sanchis Guarnier abarca, por lo menos en sus rasgos esenciales, la totalidad del panorama lingüístico valenciano; así se ha enfrentado con los intrincados problemas y las constantes incógnitas que plantea la circunstancia histórica en que se desenvuelven las lenguas habladas por los sucesivos estratos humanos del país valenciano y en la que representan la romanidad y la catalanidad las dos etapas culminantes. Si diversas cuestiones debatidas con ardor en el terreno lingüístico se nos aparecen en estas páginas con un cariz menos hosco, el hecho es resultado únicamente de una nitidez y un método de exposición que permiten ya considerar a Sanchis Guarnier como un verdadero maestro. Nos referimos, concretamente, al enigma del sedimento ibérico, a los restos de la toponimia prerromana o al substrato de las lenguas indígenas al sobrevenir la hegemonía de la romanización.

Especial reflexión dedica el autor al campo, siempre tan sugestivo y a veces el único atendible, de la toponimia, en especial de la toponimia menor. ¡Cómo agradecería nuestra ciencia filológica que su gesto se propagara hacia todos los rincones de la Península! La toponimia valentino-romana, la de orden germánico y, particularmente, la árabe, enriquecen así con valiosos datos, muchos de ellos nuevos, la exposición de Sanchis Guarner. Al llegar el momento capital de la instalación de los árabes en Valencia, es justo que se vaya amplificando el punto de mira del filólogo, dado el profundo grado de islamización que, no obstante la persistencia de una minoría mozárabe, experimenta Valencia. Pero el habla románica de estos mozárabes es, a su vez, el tema más interesante de la historia lingüística valenciana; a este tema, tratado sólo accidentalmente hasta ahora por lo que se refiere a esta región peninsular, consagra Sanchis Guarner el aspecto sin duda más personal de su labor, basándose en los glosarios, el «Llibre del Repartiment» y la toponimia: estas fuentes le permiten estudiar la fonética histórica del mozárabe de Valencia, los dialectos mozárabes, su comparación con el valenciano y el castellano actuales, las etapas de vitalidad y decadencia de los mozárabes valencianos.

Para otra ocasión deja el Sr. Sanchis Guarner el estudio de las diversas cuestiones que suscita la Dialectología valenciana. El volumen, presentado con ejemplar pulcritud, es el primero de la Biblioteca de Filología del Instituto de Literatura y Estudios Filológicos de la Institución Alfonso el Magnánimo. Un completo índice de palabras cierra el libro, en el que sólo podría desearse la presencia de una carta geográfica.—*Miguel Dolç*.

PONS, ANTONIO: *Libre del Mostassaf de Mallorca*. Mallorca, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1949. Un vol. de LX + 186 págs.

Con la publicación de este volumen, en la colección de textos de la Escuela de Estudios Medievales (Sección de Valencia, núm. 2), el conocido investigador Antonio Pons ha puesto en nuestras manos un material rico e interesante que habrá de aprovechar el historiador que se decida en su día a trazar el cuadro de la vida íntima de la Mallorca medieval durante los siglos xiv y xv. Junto al valor histórico, que encierran los documentos recogidos en estas páginas, hay que subrayar su caudal lexicográfico, toponímico y antroponímico, no menos que su excepcional mérito para los estudios municipalistas.

El meollo del volumen lo constituye la publicación del códice cuatrocentista núm. 27 del Archivo Histórico del Reino de Mallorca, *Libre del Mostassaf*, compuesto de cuarenta y nueve capítulos. Por razones incuestionables, el autor ha preferido este manuscrito a otros dos, guardados en el mismo archivo, que pertenecieron igualmente al oficio de la Mostassafería. La reproducción del valioso códice va acompañada de tres apéndices de documentos, que casi triplican el volumen, íntimamente relacionados con aquella magistratura popular, hasta hoy poco estudiada y equivalente a la actual autoridad del Repeso y Policía urbana: el primero, bajo el título general *Libre judicial del Mostaçaf*, incluye veinticuatro sentencias emanadas de su tribunal; el segundo, *Provisiones pro officio Mostaçafii*, comprende una nutrida colección de disposiciones expedidas por las curias del Rey y del Gobernador con referencia al ejercicio y a las atribuciones del Almotacén; el tercero consiste en una *Nómina de las personas que han ejercido el cargo de la Mostassafería*.

En su extensa y animada introducción esboza A. Pons la parte histórica—reservando la jurídica a la consideración de los especialistas—de la Mostassafería. Su sola lectura, rica de anécdotas, de informaciones y observaciones agudísimas, demuestra la capacidad y la seriedad del destacado medievalista, que con anterioridad nos había ya ofrecido, entre otros estudios, las *Constitucions e Ordinacions del Regne de Mallorca* (s. XIII-XIV)

(1932) y el *Régim polític de Mallorca al segle xiv* (1928). Declara que no puede documentarse la erección del cargo, uno de los más importantes en el gobierno de Mallorca, antes de los albores del siglo xiv: concretamente, en 1334, según una cédula del monarca mallorquín Jaime III. Con Pedro el Ceremonioso se consolida la personalidad del Almotacén, adquiriendo contornos precisos en 1343, y amplía su radio de acción a zonas de tipo «estatal», con jurisdicción civil y poder judicial. El oficio se instituía seguidamente fuera de la ciudad, en aquellos lugares o villas donde fuera conveniente contar con dicha magistratura. Es curioso observar cómo en distintas relaciones de Pedro IV con dicha institución se adivina una cesión de facultades «que no parece avenirse con el carácter despótico y centralizador del Ceremonioso, bajo el cual nos lo han dado a conocer los Románticos». La prestigiosa magistratura se extinguía «al desaparecer el último vestigio de las instituciones políticas de la tierra». En 1718 se sustituía el antiguo régimen de «Sach e de Sort» por el de Ayuntamientos; en 1867 se creaba el «Fiel Almotacén» en cada provincia, denominación que quedaba cambiada, en 1871, por la actual de «Fiel Contraste de Pesas y Medidas».

Con esta publicación poseemos un excelente aspecto de las vicisitudes históricas de lo que hoy llamaríamos «burocracia oficial». El volumen concluye con dos índices alfabéticos verdaderamente útiles para el estudioso: onomástico y toponomástico.—
Miguel Dolç.

RAFOLS, J. F.: *Modernismo y modernistas*. Barcelona, Ediciones Destino, S. L., 1949.

¡Alucinante panorama estético el que J. F. Ráfols nos tiende ante los ojos del espíritu en esta obra emocionada! Personajes, acontecimientos y modalidades culturales tan próximos a nosotros exigían una cautelosa reflexión, un celo primoroso, una documentación viva e inmediata, aun no clasificada científicamente: he aquí las principales características del presente volumen, tipográficamente suntuoso, avalorado con una opulencia gráfica capaz de asombrar al lector más exigente.

El modernismo, en su acepción de movimiento intelectual que tendió a infiltrar las ideas nuevas o modernas en las letras, las artes y la sociología durante los últimos años del siglo xix y los primeros años del xx, se desarrolló en varios países europeos. La España de lengua castellana, como advierte el autor del presente estudio, acusó poderosamente su influencia en el campo literario; en cambio, sus artes plásticas, excepto en las creaciones de contados artistas, no suelen reflejarla. Es en la Cataluña estricta donde hay que buscar las tendencias ideológicas y artísticas de las corrientes modernistas, que desembocarán en el piélagos agitado del Novecentismo y de las escuelas de vanguardia.

Aun en la misma Cataluña no se extiende el modernismo al total ámbito de su geografía. Aparecen, desde luego, destellos en ciertas manifestaciones artísticas de Gerona, Tarragona y de algunas ciudades fabriles del radio barcelonés. El modernismo catalán se concentra en Barcelona y, por la voluntad de Rusiñol, alcanza a Sitges, reliquia hoy de aquel período cultural tan denso de contenido y de aventura. ¿Y Mallorca? La isla de habla catalana vivió su tranquilo y gozoso retiro en los años del modernismo, produciendo precisamente a la sazón la obra de más definitivo clasicismo, las *Horacianes*, de Miguel Costa, cuya primera edición aparece en Barcelona en 1906. Los contactos, si los hubo, no trascendieron casi de la anécdota, como la asistencia de Miguel S. Oliver a las peñas de Utrillo en «Els Quatre Gats» y en el Continental; más significativa sería la amistad de Miguel Ferrá con J. Carner, el cual, desde la dirección de la revista «Catalunya», concebía el acercamiento entrañable a Mallorca como una de las primeras bases de la renovación y la superación vital de la época.

A fin de ceñir cronológicamente un movimiento tan abigarrado, conglomerado de fracciones de una suma «que al matemático más sagaz le fuera difícil poderlas reducir a común denominador», J. F. Ráfols establece dos ordenaciones de efemérides, como fechas-límite: una de carácter artístico y cultural, otra de carácter político y social. Dicho movimiento puede considerarse, por tanto, comprendido entre 1890, en que tiene lugar la primera exposición del trío artístico Casas-Rusiñol-Clarasó, o 1888, fecha de la Exposición Universal celebrada en Barcelona, y 1911, año en que mueren Isidro Nonell y Juan Maragall, o 1907, en que se funda el «Institut d'Estudis Catalans»: fechas casi correspondientes, en el paisaje terrorista de la descomposición social, a las de la bomba del Liceo (1893) y de la Semana Trágica (1909). Dos decenios escasos, en suma, en que se forma, más que una escuela o una tendencia ideológica, una constelación de valores independientes, a veces contradictorios, sólo unificados por la cronología, que transmitirán los más variados fulgores estéticos: el naturalismo, el simbolismo, el impresionismo y, con marcado predominio, el idealismo.

De donde, la complicada madeja del momento cultural, obstinadamente adverso a todo esquema analítico. Con rapidez pasmosa, con profusión inaudita, se entrecruzan nombres, orientaciones, programas e ideales en el arte plástico, en la música y en la literatura. Hace falta una preparación vasta y profunda para no perder la visibilidad, y con ello la cabeza, ante esta cordillera, cuyas cimas más altas representan personajes como Casas, Rusiñol, Maragall, Soler y Miquel, Pijoán, Nonell, Verdaguer o Gaudí, entidades simbólicas como «Els Quatre Gast», el «Círcol de Sant Lluc», el «Teatre Íntim» o el «Cau Ferrat», publicaciones como «L'Avenç», «La Vanguardia», «Catalònia», «Pèl & Ploma», «Joventut», «Catalunya». Un deseo de nueva idealidad, de algo ennobecedor de la espiritualidad humana, aviva todo este movimiento, verdadera resultante de un producto de fuerzas diversas, procedentes de diversos puntos de las más incitantes novedades extranjeras, hasta que Eugenio d' Ors comienza su «Glossari» en «La Veu de Catalunya» y Prat de la Riba funda el «Institut», fundiéndose el modernismo en una entidad superior: el Novecentismo.

En veinte capítulos hace desfilar J. F. Ráfols las dos décadas del modernismo catalán. Inútil tarea ésta de intentar ofrecer la síntesis de una obra tan vivida, brillante y esencial para la historia del arte hispano. La obra va acompañada de dos apéndices: biográfico y gráfico; y de dos índices: de nombres y de ilustraciones, consistentes éstas en grabados pluma, cuatricromías, huecograbados y fotograbados.—*Miguel Dolç.*

ARTICULOS DE REVISTA

PILES ROS, LEOPOLDO: *Situación económica de las aljamas aragonesas a comienzo del siglo xv y Notas sobre judíos de Aragón y Navarra (Ejercicio de la medicina. Fiscalización de recaudaciones)*. «Sefarad», fascículo I, 1950, págs. 73 y 176.

En las consideraciones generales del primer estudio, su autor analiza las fuerzas que conjuntamente atentaron contra la vitalidad y pervivencia de las aljamas: sociales, políticas y religiosas. Los documentos que alega han sido hallados en el Archivo General de Valencia, lo que explica porque los cobros en las aljamas aragonesas y a particu-

lares lo fueron por el receptor que lo era también de otros impuestos en el reino de Valencia. Las aljamas altoaragonesas son Huesca (1417) y Jaca (1403-1422). Las *Notas* del segundo de los enunciados estudios figuran en los libros de cuentas del Maestre Racional de Valencia, conservados en el mismo Archivo. Se refieren a médicos judíos de Calatayud, principalmente.— *R. del Arco*.

VIOIANT Y SIMORRA, RAMON: *Supervivencia de ritos pastoriles arcaicos en Cataluña y Aragón*. «Homenaje a D. Luis de Hoyos Sáinz», t. II, Madrid, 1950, pág. 412.

Con motivo de cumplir los ochenta años de su edad el ilustre etnólogo y folklorista español D. Luis de Hoyos Sáinz, varios amigos y admiradores le han dedicado dos volúmenes de trabajos que versan sobre aquellas especialidades. En el I han colaborado publicistas extranjeros, y en el II, nacionales. Ramón Violant Simorra, Conservador del Museo de Industrias y Artes populares de Barcelona, publica una nota bajo el título arriba enunciado.

En las costumbres y prácticas de los pastores aragoneses y catalanes se encuentran a menudo vestigios tradicionales, legado de los pueblos pastores antiguos. Algunos se han practicado hasta hace poco. En Gistaín, en el Pirineo aragonés, cuando nacia una oveja negra, que era llamada «marta», la dejaban crecer sin señalarla, y quedaba en el rebaño como amuleto para librarlo de las exhalaciones, y se la dejaba morir de vieja. La misma costumbre supersticiosa aparece en las comarcas meridionales de Aragón y Cataluña. En Mosqueruela y Cantavieja (Teruel), esa oveja negra recibe el nombre de «mora», hija de un mardano y una oveja completamente blancos, y la conservan hasta que muere. Por eso, son muchos los rebaños o hatos de estos pueblos que conservan una mora de éstas. Ansó, en la provincia de Huesca, respeta a los animales negros como amuletos de fortuna, contradiciendo con ello la creencia de otros pueblos, como Gistaín, de que los gallos, las gallinas, y, sobre todo, los gatos, son de mal agüero. Estas costumbres pastoriles las relaciona con la consagración de una divinidad pastoril, cuando los animales eran adorados como tantas otras divinidades naturales; como las adoptaron también los pueblos cazadores, y los agricultores símbolos vegetales, pero mezclados con animales, el gallo, el cerdo, etc.

En Gistaín, a la festividad de San Pedro (29 de junio) se la denomina «fiesta del requesón». En la noche precedente salen de la villa los «mayordombres», o cabecillas de los mozos, y vanse a la montaña, donde veranea el ganado lanar del valle. En los «muñaderos» recogen la leche que los pastores han ordeñado y la vierten en calderos para hervirla. Una vez hervida la cuajan y la convierten en requesón, que después ponen en saquitos, según la costumbre altoaragonesa.

Al día siguiente de San Pedro, regresan con los saquitos colgados de pértigas. Los «requesoneros» son recibidos por los mozos a la entrada de la villa al son de rondalla, y antes con la gaita, y cantan coplas alusivas. Recorren las calles y los requesoneros reparten una cazuela de requesón en cada casa, y el que sobra lo dan por la tarde a la chiquillería, que acude con escudillas y cucharas delante de la iglesia parroquial. La ausencia de un niño, de los cuatro a los catorce años, se interpreta como un pecado de desprecio al santo patrono. El reparto lo hacen también los mayordomos al son de la música y de coplas cantadas por los mozos. La fiesta termina con un pasacalle y bailes populares. Parecidas costumbres rituales, pero no tan notables como ésta, se han practicado en el Pirineo catalán leridano.

El origen remoto de estas ofrendas anuales de leche, requesón y queso en los valles pirenaicos cree verlo el autor en los sacrificios primiciales del ciclo patriarcal de los

pastores nómadas, principalmente en la ofrenda de la primera leche de la grey. En etapas más recientes hay sacrificios sangrientos en los cuales se inmolan las crías primizas de los rebaños.—*R. del Arco.*

ARCO, RICARDO DEL: *Dos Infantes de Navarra, señores de Monzón. «Príncipe de Viana», año X (1949), págs. 249-74.*

La fuerte plaza de Monzón por su singular situación estratégica jugó un importantísimo papel en la reconquista de Aragón. Desde que Sancho Ramírez y Pedro I se apoderaron de la codiciada ciudad, figuraron en su tenencia caballeros de probada lealtad, fieles a la dinastía aragonesa; pero en el siglo XII, en los comienzos del reinado de Alfonso I, aparece en el señorío de Monzón un personaje de sangre real, emparentado con los últimos monarcas de Navarra: Don Ramiro, el inquieto infante, yerno del Cid y héroe de la epopeya valenciana. Desde entonces, la plaza de Monzón se convierte en una preocupación constante de los reyes aragoneses. Ricardo del Arco estudia este interesante momento de nuestra historia, aportando nuevos datos y esclareciendo con inesperada luz los oscuros problemas suscitados en torno a esa fuerte plaza durante el reinado del Batallador.

Todos los historiadores han admitido que el infante Don Ramiro procedía de la familia real navarra, pero discrepan al tratar de precisar sus inmediatos ascendientes. Los autores navarros, sobre todo el P. Moret, suponen que era hijo del infante Don Ramiro, señor de Calahorra, y nieto, por tanto, del rey García, el de Antequera; los aragoneses han creído que, si bien era nieto de este rey, no era hijo de Don Ramiro, sino del infante Don Sancho. Un documento publicado por el autor viene a resolver la cuestión sin dejar lugar a dudas, pues cita como señor de Monzón a Ramiro Sánchez en el año 1105, lo que demuestra que era hijo del infante Don Sancho Garcés.

Del Arco fija la muerte de Don Ramiro en enero o febrero de 1116. Sobreviene entonces un período confuso y oscuro, en el que aparece como señor de Monzón un caballero, probablemente aragonés, llamado Tizón, que ocupó el señorío desde 1116 hasta 1125, fechas que establece el autor, basándose en múltiples referencias documentales.

Dos documentos, hasta ahora inéditos, dados a conocer por el autor, le permiten fijar con bastante exactitud la fecha en que García Ramírez ocupó el señorío de Monzón. Los documentos proceden del monasterio de Santa Cristina y son de gran interés, pues esclarecen muchos puntos oscuros de la biografía del restaurador de Navarra. Del Arco, partiendo de la significación de las palabras que usa el *scriptor*, cree que García Ramírez recuperaría por fuerza de armas el señorío o, al menos, el derecho a suceder en la tenencia a su padre, que Alfonso I, por lo visto, no había querido otorgarle; así se explicaría la tenencia de Tizón en Monzón. Más tarde, García Ramírez volvió a la gracia de Alfonso, a quien acompañó en sus expediciones militares, siendo uno de los caballeros que, juntamente con el rey, lograron salvarse después de la tremenda derrota de Fraga.

Para terminar su trabajo, el autor cita las opiniones de Moret y Traggia sobre García Ramírez y el señorío de Monzón durante la época de Ramiro II, y de algunas referencias documentales relativas a esta tenencia durante el gobierno de Ramón Berenguer IV y su hijo Alfonso II.

Este nuevo trabajo de Ricardo del Arco, basado en el estudio directo de los documentos, demuestra, una vez más, su erudición, sus magníficas dotes de perspicaz investigador y su aguda y depurada crítica, iluminando muchos aspectos de la historia de Monzón durante el reinado de Alfonso el Batallador.—*F. Balaguer.*

UBIETO ARTETA, ANTONIO: *El libro de San Voto*. «Hispania Sacra», vol. III (1950), págs. 191-204.

El libro de San Voto es un códice integrado por restos de manuscritos procedentes del monasterio de San Juan de la Peña, que se custodia hoy en la Biblioteca de la Facultad de Derecho de Zaragoza. Ni Magallón, ni Ibarra, ni Salarrullana pudieron utilizar este códice para sus conocidas colecciones de documentos, pues todavía no había sido adquirido por la Universidad cesaraugustana. En 1929, pudo ya utilizarlo el alemán Paul Kehr, gracias a la eficaz ayuda que le prestó D. Pascual Galindo. Ahora, el joven investigador Antonio Ubieto Arteta da una amplia noticia del códice en las páginas de la revista «Hispania Sacra».

Un detenido estudio le ha permitido observar en el códice cuatro partes distintas, escritas en diversas épocas: la primera a mediados del siglo XI y las restantes en el XIII. Después de una detallada descripción de los caracteres externos del códice, el autor publica un valioso índice de documentos, dando un extracto del contenido de los mismos y citando, en su caso, las colecciones y obras, en donde han sido publicados. Además da a conocer tres documentos inéditos en apéndice y anuncia la publicación de otros varios que verán la luz en su *Colección Diplomática de Pedro I*. De esta forma, todos los documentos contenidos en el *Libro de San Voto*, excepto dos o tres particulares, quedarán al alcance de los estudiosos.

Entre los documentos publicados hay uno de Ramiro II, fechado en noviembre de 1134, hasta ahora inédito, pues sólo se conocía el extracto que dió Briz Martínez en su *Historia de San Juan de la Peña*. El documento es interesante, pues demuestra que la vizcondesa del Bearne era señora de Zaragoza en aquella fecha, demostrándose así la legitimidad del diploma que di a conocer en el número segundo de esta revista. A mi juicio, Doña Tulesa sucedería a su marido en el señorío de Zaragoza, pero el rey castellano al ocupar el *regnum Caesaraugustanum* no reconocería a la vizcondesa, adicta, por aquel entonces, a Ramiro II y nombraría a Armengol, conde de Urgel, como señor de la ciudad.

El trabajo de Ubieto Arteta es, pues, de indudable utilidad y prestará excelentes servicios a los investigadores de la historia aragonesa.—*F. Balaguer*.